



LAS TRINCHERAS

Largo y tendido discuten los tratadistas militares sobre las ventajas é inconvenientes de la ofensiva y la defensiva. Cuestión es esta en que el criterio de cada escritor, por mucho que éste se esfuerce en la sola consideración objetiva de los hechos, ha de hallarse influido por su particular temperamento. Los temperamentos reposados, prudentes, reflexivos, se inclinarán en general á la defensiva; los fogosos, audaces y atrevidos, se pronunciarán desde luego por la ofensiva á todo trance.

En esta idea general de la conducción de la guerra encuéntranse, por tanto, sustentadores eminentes de ambas tendencias. Una de las mayores autoridades, Clausewitz, considera la defensiva como la forma más fuerte de la guerra. Opuesta de todo en todo á esta opinión es la de otro General alemán, von Bernhardi, oráculo de gran parte del ejército germano; según él, si como forma de combate puede ser admisible en ciertos casos, como método para la conducción de la guerra estímalo deplorable.

Claro es que aun dentro de la ofensiva caben gradaciones y matices. Señalemos dos muy precisos: el de la ofensiva que podemos llamar defensiva y el de la ofensiva á todo trance.

Caracterízase la primera por el avance lento y prudente, en el que alternativamente se utilizan la pala y el fusil. Es el método de ataque favorito de los japoneses en su campaña de Mandchuria.

La segunda es la que, avara de tiempo, consagra todo el esfuerzo al choque y al avance, procurando romper y arrollar cuantos obstáculos se oponen al rápido avance del ofensor. Al orden delgado propio del extenso frente defensivo, opone formaciones relativamente profundas que, actuando como terribles cuñas en los puntos más débiles de la línea defensiva, la rompen y dislocan, terminando con el envolvimiento que conduce á la victoria. Es el método característico del ejército alemán en el frente occidental hasta la batalla del Marne.

La marcha triunfadora del ejército alemán, hasta que se inicia la retirada de von Kluck, es la aplicación estricta de las doctrinas de Bernhardi. Para éste no hay más forma de conducción de una guerra que la de una atrevida ofensiva.

«En el sólo hecho de atacar—dice el General germano—hay una potencia impulsora que desde el principio pone en acción todas las fuerzas del alma,

que la orienta hacia un sólo y único objetivo, por donde viene á darles su tensión máxima. El defensor se obstina por su parte en una conducta más tranquila: observa y aguarda; está en una incertidumbre enervante respecto de los propósitos del adversario y se pregunta si podrá conocerlos á tiempo. Cuando al fin llega la acción, prodúcese en general bajo la idea de que tiene frente á él una potencia y una fuerza de voluntad y de realización superior, un enemigo que acaba de realizar un avance cuyas consecuencias es difícil medir...»

«Ante todo—agrega más adelante—hay una cualidad del alma que tiene una gran importancia en la conducción de la guerra y que redunde exclusivamente en provecho del ataque; es el atrevimiento. El éxito sonríe siempre á los generales audaces. Son ellos los que han llenado con sus fieras hazañas las páginas de la historia del mundo y los que han impuesto leyes á su tiempo. Parecen encadenar la suerte como por un poderoso encanto y no sucumben más que si, en un exceso de exaltación, intentan franquear los límites de lo posible.»

El General Bernhardi es un gran escritor. El párrafo transcrito, parte nada más del que, en arrebatado lírico, canta las excelencias del atrevimiento, es verdaderamente hermoso; pero lo malo del caso es que en las guerras se presentan muchas veces esos límites de lo posible á que en su final alude. Ese principio del atrevimiento, recomendado á los fuertes, y más aún á los débiles, choca en gran número de ocasiones con circunstancias que exigen un llamamiento á la prudencia reflexiva, virtud guerrera que afecta desdeñar el caudillo teutón. Los hechos parecen ir dando la razón al viejo Clausewitz, para quien el atrevimiento debe siempre subordinarse á la prudencia reflexiva.

En vano intenta Bernhardi cobijar sus doctrinas bajo el pabellón del Gran Federico, de quien recuerda las siguientes palabras que escribía á Luis XV: «Es preferible proceder por ofensiva, aun siendo numéricamente más débil. Con frecuencia el enemigo se deja desconcertar por un golpe de atrevimiento y se le arranca ventajas». Del atrevimiento de Aníbal dió buena cuenta el prudentísimo Fabio Cunctator, y muchas veces la audacia del gran Corso fué constreñida por la reflexiva prudencia de Schwarzenberg.

El mismo Napoleón, á quien no se tachará de pasivo, al comentar las campañas de Turena, maestro habilísimo en el atrincheramiento, consigna al final